



TEATRO

El "fenómeno" Radrigán

Quince obras, premios, viajes, montajes extranjeros y un próximo estreno alegórico, muestra dramaturgo que nunca fue a la escuela

✪ POR ANA MARÍA FOXLEY

Como los personajes de sus piezas dramáticas, Juan Radrigán (49, separado, dos hijos) es modesto pero digno, simple pero profundo, dotado de una gran sabiduría popular y de una fina sensibilidad poética. Y como ellos, cuando puede, ejerce el derecho a expresarse con una lengua a veces mordaz y caustica.

Su vida y su obra pertenecen a la cultura de la pobreza. Un modo de existir preñado, eso sí, de otras riquezas. Como la dignidad humana, *testimonio* de sus quince obras escritas en un tiempo record de seis años y medio. Todas estrenadas o por estrenar en Chile y el extranjero.

Vivió desde chico en la marginalidad. Su padre era mecánico de tractores y acarrecaba a su madre y a sus cuatro hermanos en un camión, por todo Chile. Comían, dormían, vivían en ese camión, en medio de carreteras y despoblados.

Juan era el menor y, cuando su padre lo dejó, tuvo que trabajar en lo que tocara, desde los doce años. Nunca fue a la escuela. Apenas si sabía leer: su madre, de profesión maestra, le había enseñado lo básico. Radrigán en Santiago empezó a acarrear bultos en La Vega. Luego fue desabollador, carpintero, pintor, albañil, obrero textil y hasta dirigió varios sindicatos. Cuando quedó cesante, instaló un puesto de libros viejos en la Plaza Almagro.

En eso estaba cuando cambió su destino. Todo "gracias a los carabineros". Un día de 1976, los uniformados les sacaron parte a él y a sus colegas del sector, por no tener patente: la Municipalidad se había atrasado en entregárselas. De ahí le surgió la idea de *Testimonio de las muertes de Sabina*: su primera obra de teatro.

En pocos años, el "fenómeno Radrigán", llegó a tal punto que no sólo los periodistas lo destacaron sino que el Círculo de Críticos lo premió en 1982, por lo valioso de su producción. También apareció un libro con dos estudios y once de sus obras (Editorial Universitaria, 1984).

Hace seis años que forma parte de una cooperativa, el grupo de teatro El Telón, con el cual ha viajado, invitado, por Europa y Latinoamérica. Se reparten las ganancias y las pérdidas. Acá se preocupan de dar sus obras en canchas de fútbol y gimnasios de poblaciones. Llegan así a unas 40 ó 50 mil personas con cada una.

Empezó escribiendo poesía, basado en lo que había vivido, "convenciosos, campo, soledad", resume. Desde pequeño acumuló múltiples y universales lecturas, como un voraz autodidacta. Recuerda dos títulos patéticos pero influyentes: *Tengo*



Juan Radrigán: con Raúl Osorio (a la derecha), director de dos de sus obras

nombre del alemán George Finks y *Santa Misericordia*, del finlandés Frank Schillämpa. Y todo Samuel Beckett. La literatura social de los chilenos Nicómedes Guzmán o de Antonio Acevedo Hernández no lo convencieron. Encontró sus obras "muy buenas y puro giro... Las obras de teatro eran folklóricas, los pobres aparecían siempre como los tontos de la película, o muy buenos y tontos o curados e irresponsables".

Miseria digna

Le carga el pañeteo y defiende un teatro de "reflexión crítica". Le encantaría hacer un tele-serie, pero sin censura, en democracia. Los protagonistas de sus obras son seres marginales que viven en situaciones "límite".

Aislados, despojados de todo y enfrentados a un poder omnímodo pero invisible, que es un antagonista al que temen. Viven en la miseria, enfermos de soledad ante la sociedad y ante Dios, en ranchos míseros, sitios eriazos, prostíbulos u oscuros bodegones. Su lucha se da cotidianamente en pequeños gestos. Su meta es la libertad y la justicia, a la cual creen que llegarán conquistando primero su dignidad personal (HOY N.ºs. 340 y 368).

Eso también ocurre en *Pueblo del mal amor*, obra pronta a estrenarse, el 23, en el Teatro de la U. Casólica, dirigida por Raúl Osorio (*El loco y la triste*). Doce personajes representan a una alegórica población llamada Otoño, que fue erradicada a

un sitio abandonado, y quedó condenada a seguir buscando en lugar donde vivir. Allí, lo naturalista, lo mágico y lo metafísico se dan la mano.

—¿Por qué tituló así su obra?

—Surgió de la realidad. Más allá de Putaendo hay un pueblo que se llama así: Pueblo del mal amor. Porque durante la Independencia iban a pasar por ahí San Martín y O'Higgins y en este pueblo organizaron una fiesta inmensa para celebrarlos, pero ellos no se detuvieron. Por ahí no pasó la libertad, no paró.

—El tema es verídico...

—Leí en un diario sobre una erradicación de una población que hubo por allá por el año 1976 ó 78 y que mucho después fue a dar al paradero 36 de Santa Rosa. Un día, con El Telón, fuimos allá a dar una función, porque era un día de fiesta: iban a celebrar la luz, la instalación de los cables eléctricos.

"Entonces una señora me contó la historia. Los habían metido de madrugada en unos camiones y los habían tirado por allá lejos, por Putaendo abajo, en un terreno baldío donde sólo había un barracón. Y ellos decían '¿dónde vamos a comer, de dónde vamos a sacar agua?'. No se quisieron quedar y comenzaron entonces a deambular para buscar un sitio estable donde vivir".

—El drama habla de esa búsqueda exterior, de un sitio, pero también de una búsqueda interior, de una identidad...

—Trata de la búsqueda de un lugar donde vivir que hace un pueblo oprimido.

El "fenómeno" Radrigán [artículo] Ana María Foxley.

Libros y documentos

AUTORÍA

Autor secundario: Foxley, Ana María, 1946-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1986

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El "fenómeno" Radrigán [artículo] Ana María Foxley. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile